

La guerra india precolombina en el noreste argentino

*Edgardo N. Calvi **

I. Introducción

Desde que el hombre entró en la Historia, y no hay razones para suponer que antes fue diferente, la guerra, en sus formas más diversas, apareció de manera destacada motivando cambios, jalonando épocas, impulsando la desaparición de pueblos y culturas y dando origen a nuevas sociedades y civilizaciones, sin que sufrimientos individuales o colectivos lograran evitarla.

Siendo el fenómeno o enfermedad social más común y devastador, su estudio ha sido entorpecido por estereotipos, como su dependencia de la voluntad humana, del tipo de organización política vigente o por simple temor a estudiar lo que se teme.

La expansión del mundo conocido por los europeos, a partir del siglo XV, resultó de una conjunción de factores acumulados durante largo tiempo. Entre otros: la expansión demográfica, el hambre, la Peste Negra, las generaciones agotadas por guerras interminables y la evolución técnica y científica en el arte de navegar.

El Descubrimiento de América era un acontecimiento inevitable y que fuera Colón quien lo realizara sólo corroboró la importancia del hombre en todo hecho histórico: en él, la guerra se hizo presente desde los primeros tiempos, más allá de la voluntad de los poderosos Reyes Católicos.

Las fantasías y ambiciones que "esa India" idealizada despertó dieron, a pueblos y gobernantes angustiados, una motivación material para suplir el vacío espiritual que la declinación de la Fe y los conflictos religiosos habían producido.

Si el arribo hispánico a la costas americanas condujo a un "choque de culturas", expresión que ha intentado simplificar un proceso complejo, tuvo él su manifestación más ostensible en la guerra entre el aborigen ("el que habita desde el origen") y el español que llegaba. Este, por motivos políticos, asumiría posteriormente las culpas por interrumpir un supuesto "mundo idílico", introdu-

* Director de la Cátedra Extracurricular "Actividad anterior y posterior al Descubrimiento y Evangelización de América" de la Universidad el Salvador.

cir la necesidad y el hambre en quienes no las padecían e imponer, al "buen salvaje", su poder, su cultura, su crueldad y su intolerancia.

Las cartas y diarios de Colón, pero en especial, las de Pero Vaz de Caminha, uno de los jefes de Pedro Alvarez de Cabral, de mayo de 1500 dirigidas al Rey don Manuel, "donde configura una visión un tanto utópica y paradisíaca del Nuevo Mundo", dieron origen a la leyenda.

Luego fueron los franceses, quienes, para celebrar la Coronación de Enrique II, en 1550, montaron a orillas del Sena, un extraordinario espectáculo con indios (algunos legítimos), que entre árboles color "palo Brasil", guerreaban amistosamente, descansaban en hamacas, fumaban y jugaban al son de música tropical.

La leyenda despertó entonces un movimiento literario sin precedentes, al cual se plegaron poetas como Ronsard, La Boetie y Montaigne, al cual inspiró "algunas de las mejores páginas de sus Ensayos": así se inmortalizó al "Buen Salvaje".

Desde un punto de vista diferente, la ejemplar y severa autocrítica hispana a los abusos de los conquistadores, comenzada por los P. Montesinos y Las Casas, exagerada por la pasión del momento, dio argumentos a quienes, cometiendo actos similares en todo el orbe, iniciaron la "Leyenda Negra" de la Conquista y Evangelización de América.

Ambos mitos, que a ello quedaron reducidos tras estudios serios, persistieron en sectores de la sociedad por ignorancia, interés o por la humana necesidad de creer en un mundo ideal.

En el presente trabajo, procuraremos dilucidar aspectos parciales "del conflicto" entre los grupos indígenas del N.E. en "tiempos precolombinos", su existencia, causas y formas que adoptaba, para mejor evaluar la responsabilidad española en las perturbaciones sociales que su arribo produjo.

Para entender las actitudes de los diferentes grupos en las guerras que entre sí mantuvieron en el período prehispánico, consideraremos tres factores, tal como eran en la época: el medio ambiente, el hombre con sus necesidades vitales y, finalmente, sus procedimientos en la lucha para sobrevivir.

II. El medio ambiente del N.E. argentino en el siglo XVI

El ambiente geográfico ejerció profunda influencia en el hombre que lo habitó, tanto mayor cuanto menor era su nivel cultural, diferenciando al llanero del montañés o del montaraz en su espíritu, aspecto físico, costumbres, vestuario o elementos de su industria, entre ellos, los dedicados a la guerra.

Por ello, limitaremos la región a considerar a la que hoy llamamos Cuenca del Plata, que excede en parte nuestro territorio actual. Sin embargo, su unidad funcional había sido ya comprendida por la Compañía de Jesús cuando en 1604 delimitó la Provincia Jesuítica del Paraguay, cuya frontera norte abarcaba el sur

de Bolivia, Paraguay y los tres Estados del sur de Brasil, penetrando en el Atlántico a los 46°30' de long. oeste.

Quien observe hoy ese espacio de casi dos millones de Km², puede cometer el error natural de trasladar al pasado la imagen del presente, con sus praderas, ganados, cursos de agua con pocos bañados, rutas, etc. Es la primera dificultad para interpretar correctamente la forma de vida, las urgencias vitales y los hábitos emergentes de aquellos indígenas autóctonos o alóctonos que la poblaban.

Debemos aceptar que la configuración topográfica e hidrográfica era similar a la actual, pero con modificaciones de gran trascendencia para quienes carecían de medios para superarlas.

Las costas, al sur de la isla de Yurú Minrin (a la que Solís llamó "del Plata" y Gaboto, "Santa Catalina", en recuerdo a su esposa), eran abiertas, carentes de refugios ni islas próximas que hubieran podido formar pueblos marinos; el océano fue, al contrario que en otras regiones de orbe, una barrera al desarrollo en lugar de un estímulo.

Siguiendo el litoral atlántico, a partir del Cabo de Santa María, nombre que le diera Solís (hasta 1750 fue la Punta del Este actual, a los 34°58' y no el que hoy se llama así, a los 34°40'), se abría el río de la Plata, nombre definitivo que en 1527 le impusiera Francisco Dávila y al que los indígenas llamaban Paraná Guazú ("muchagua" o "mar grande").

Este río es un claro ejemplo de la desorientación toponímica de la época, ya que en un corto lapso acumuló numerosas designaciones, como "Dulce", "de Santa María", "Jordán" (en mapas europeos), "San Cristóbal", "de Aos", "de los Lobos", "de Solís", y para mayor confusión su nombre incluía al Paraná durante todo el siglo XVI y aún en parte del XVII.

La costa oriental estaba bordeada por algunas islas, como la de "Pargos o Corvinas" (Lobos), de "Maldonado" o "de las Palmas" (Gorriti), de las "Flores"; despobladas generalmente, sólo a cazar concurrían los aborígenes. Más al norte, las "7 Insulas" del mapa de Levino Hulsius, islotes que describió Pigafetta frente a Colonia, carecían de toda vegetación y recién, al llegar a la de "Martín García", se encontraba la primera isla habitada por las tribus canoeras del Delta. No era mejor la margen occidental, baja, pobre en vegetación y poco poblada, ofrecía escasas posibilidades para la pesca.

A partir de allí, las dos grandes vías de acceso al interior continental, los ríos Paraná y Uruguay con sus afluentes, guiaron los movimientos migratorios indígenas, como más adelante lo harían con los hispanos.

El primero, a través del Paraguay, comunicaba con la Cuenca del Amazonas (en la estancia del Estivado sólo 300 mt. separan las nacientes de sus afluentes) y el Matto Grosso, en tanto que, en su curso superior, el Iguazú y el Paraná lo unían al valle de Piratininga. En su curso interior el extenso Delta fue un lugar propicio al desarrollo de los grupos humanos, que alcanzaron una

densidad demográfica superior a las áreas próximas.

En su curso medio, los rápidos derivaron las rutas hacia el río Paraguay, que ofrecía mejores "puertos" y permitía el acceso al Chaco por los ríos Bermejo (Jérido) y Pilcomayo (Barriento), región con excelentes posibilidades alimenticias para tribus recolectoras, y además, facilitaban el acceso a las estribaciones de los Andes.

Sin embargo, en su tramo superior el bañado de los Xarajes (Pantanal) formaba una barrera que en el estío, al desbordar las aguas, cubría un área de 100.000 Km², obligando a los aborígenes a migraciones periódicas de meses de duración.

El río Uruguay comunicaba el Plata con la región de los Pinares, próxima a sus fuentes y a la costa marítima, en tanto que en su curso medio, a través del Ibicuy y Jacuá, se llegaba a la Laguna de los Patos y el mar.

Tierra adentro, entre los grandes ríos, infinidad de cauces menores, permanentes o no, surcaban el territorio, bordeados, al sur de la línea general del Paraná medio, por montes en galería y al norte, por el bosque tropical. Corrían entre extensos pajonales formando al menor obstáculo bañados sucesivos o cambiaban su cauce en forma imprevista. Por ejemplo, el río Salado, según las épocas, desembocó hacia el norte, en el Bermejo; hacia el sur, en el río Dulce o hacia el este, en el Paraná.

Esta fueron las condiciones del habitat indígena del NE precolombino, variable en el espacio y en el tiempo en forma imprevisible para él, aunque con una constante: el peligro que representaba el hombre, el clima, las fieras, la enfermedad y el miedo.

Ellos acechaban a los recolectores, los temporales hundían las canoas pesadoras y los cazadores disputaban con las fieras cada presa; los cambios de tiempo atraían la enfermedad o el hambre, y con ellas, los indígenas debían emigrar o invadir, ambas seguidas ineludiblemente por una lucha sin cuartel por la supervivencia en ese imaginado Paraíso.

III. Los recursos alimenticios

Dice M. Mömer que, "sobre la base de cuidadosas investigaciones acerca de los medios de manutención, en los diferentes distritos. . . será posible en el futuro, determinar el máximo de población indígena originaria. . .", ya que el alimento fue un regulador de la misma y a la vez, causa primaria de conflictos.

J. Stormi sostiene, por el contrario, que a los cronistas ". . . les hicieron ver cosas inexistentes: voracidad, hambre y desesperación, donde apenas si había costumbres sencillas, tranquilidad, abundancia y salud. . ."

Sólo comparemos esta opinión, con datos de la época en la civilizada Europa del siglo XVI, cuyas técnicas agrícolas, elementos de trabajo y disciplina,

eran inmensamente superiores. En ella "las hambres son periódicas, y con frecuencia devastan regiones enteras...", según R. Mousnier, citando las de Castilla y Portugal en 1521; Andalucía en 1525, Florencia en 1528 y agrega que "...en 1583 se mueren de hambre en toda Italia".

Lejos del ambicioso objetivo citado en el primer párrafo, nos limitaremos a describir los principales recursos alimenticios de los grupos indígenas de la Cuenca del Plata, aspecto crucial que incidía en las relaciones que entre sí mantenían.

Los vegetales, básicamente, son los que "ejercen una influencia casi absoluta en su alimentación. . . porque si tuvo que amañarse, andar, trabajar y sufrir para obtenerla, no debió pelear a brazo partido, como sucedía con la animal...", es decir que, donde ellos eran escasos, la población no prosperaba. Una breve enumeración dará idea de la vegetación existente en la zona utilizable en su dieta por el aborígen:

Arboles cuyos frutos eran alimenticios: Guayabo, Aguay, Araticú, Arachichú, Palmeras, Pindó, Mbocayá, Mamón, Mistol, Mora, Tala, Guapurú, Algarrobo, Ibirá-rira, Manduví-ra, Tacuara, Pino misionero, Palta, etc.

Arboles cuyos frutos permitían fabricar bebidas: Guayabo (alcohol), Chañar (arope y alcohol), Ybajay (vinagre), Algarrobo (aloja).

Hortalizas y cereales: Zapallú ("planta que abunda"), Irupe ("maíz del agua"), Porotos, Mandioca, Batata, Maní, Berro, Papa silvestre, Tacuara, Ananá y Maíz, tan codiciado por su grano.

Plantas para sus "vicios": Tabaco, Yerba y otras (Yuca, Quinoa, Algarroba, etc.) que fermentadas eran usadas para distintas bebidas, similares a la Chicha de Maíz.

La caza y la pesca completaban los recursos vegetales y le proporcionaban las proteínas necesarias, produciendo su falta una carencia importante en el ser humano. La inexistencia de ganado mayor obligaba a recurrir a todo "bicho que camina", a saber:

Animales grandes en la región: Ciervos, Monos, Vizcachas, Carpinchos, Puma, Yaguareté, Yacaré y Guanacos, especie ésta muy extendida por todo el país, pero que en la zona sólo se localizaba en el sector oeste preferentemente.

Animales pequeños: Patos, Loros, Chajá, Cisnes, Perdiz, Pacaá, Palomas, Ñandú, Iguana, Nutria, etc.

Peces: Dorado, Pacú, Surubí, Manguruyú, Sábalo, Anguila, etc.

Insectos: eran usados por su producción, como las abejas y avispas por la miel o directamente, como las langostas, tostadas o hechas harina.

La numeración de recursos puede dar una falsa idea de abundancia si no se introducen factores de corrección:

1. La mayor parte de las tribus eran nómades, lo que no implicaba un desplazamiento por todo el territorio sino dentro de un ámbito delimitado (habitat),

que cada una defendía celosamente.

Su extensión dependía de factores varios: productividad, clima, poder del grupo, etc. y V. Letelier lo fija a título indicativo (en base a estudios de otras regiones), en 50 Km² p/hab. (50 x 100 km c/100 habitantes), para que la reproducción natural pudiera mantener a grupos de recolectores.

2. Dentro de cada habitat había sólo algunos de los recursos citados, y a ellas ajustaban las "parcialidades" su régimen alimenticio. Toda modificación climática (sequía, inundación, pestes o aumento de población), disminuía la cantidad de alimento disponible, colocando a la tribu en la alternativa de obtenerlo por el medio que fuera o perecer.

Un cierto intercambio existía, pero era muy limitado por las distancias y la desconfianza entre las tribus, aún de etnias similares.

3. Las especies vegetales sólo se daban en áreas limitadas y aquellas más extendidas no tenían el mismo rendimiento en todas partes: por ejemplo, el algarrobo, que abundaba en el Chaco, tenía una producción inferior al del Noroeste.

Además tanto los recolectores como los agricultores tenían temibles rivales en las aves, insectos (langostas) y monos, entre otros, citando el P. Acosta S.J., en su "Historia Natural", que "...el mayor cuidado en los sembrados, es defenderlos de una multitud de monos; apenas se puede creer el daño que hacen..."

4. La caza demandaba un gran esfuerzo por la falta de armas adecuadas, que los obligaba a usar métodos lentos (cerco, carrera de relevo, fuego, trampas) o peligrosos, cuando debían entrar en la selva o pajonales donde los felinos acechaban. El resultado final apenas compensaba por la competencia de los animales carnívoros, que reducían las existencias de presas grandes y chicas; el escaso rendimiento en carne aprovechable por lo rudimentario de sus elementos de faena (menos del 40% del peso vivo) y la carencia de métodos de conservación eficientes.

5. La pesca tenía un rédito mayor y a ella dedicaban mucho de su tiempo. Su problema, era el desplazamiento de los cardúmenes, la puja por los lugares con mejores posibilidades y los elementos precarios con que contaban, anzuelos y arpones de hueso o madera, redes vegetales, etc.

La conservación por secado o ahumado era conocida, pero disminuía el volumen y calidad alimenticia.

En síntesis, la obtención del sustento diario para la tribu, en esta región, fue la principal preocupación del aborigen y consumió sus fuerzas y su tiempo, dejándole pocas oportunidades de realizar otras actividades.

La dificultad o la escasez lo llevó a conflictos permanentes con sus vecinos y aun dentro de su propia "parcialidad", cuando por falta del mismo o el aumento de la población, debían fraccionarse. Sin duda, forma parte de las razones que justifican ciertas costumbres, como la que consideraba a "... todo hom-

bre de otra tribu, natural y casi necesariamente hostil, y para el más salvaje, lo es cualquiera, aunque pertenezca a la misma tribu..." (Lubbock).

IV. El factor humano regional

Siendo el hombre el factor principal en todo conflicto social consideraremos los principales rasgos de los pueblos que habitaban la Cuenca del Plata, en el período anterior al arribo español, entendiendo como "pueblo, a un conjunto de individuos que hablan una misma lengua, poseen idéntica cultura y tienen conciencia de un origen común" (C. Frau); recordemos que los cronistas solían llamar a éstos "nación", "generación" o "parcialidades", aplicando este concepto también a subdivisiones de los mismos.

El conocimiento del "panorama étnico de esta zona, está dificultado por la fragmentaria información de la época..." (Serrano), pero no hay dudas que las culturas encontradas por los hispanos a su arribo, fueron resultado de un largo proceso anterior donde el medio, paulatinamente, modificó las características originales de los que llegaban sucesivamente, dando por resultado pueblos diferenciados.

Poco pudieron preocuparse por ello los españoles que llegaron inicialmente a la zona, aun cuando las crónicas están llenas de rica y desordenada información; recién a fines del siglo las Ordenes Religiosas con mayor capacidad individual y en su esfuerzo evangelizador, necesitaron estudiarlos para comprenderlos y su tarea, aunque tardía en muchos aspectos, conservó una parte importante de muchas culturas; "...dónde estaría yo, si no fuera por los trabajos de los franciscanos y otros...", diría en 1920 el famoso etnólogo Lafone y Quevedo, en referencia a Misioneros como Barzana, Ovalle, Falkner, Techo o Sánchez Labrador.

Nos ubicamos así lejos de esa uniformidad mental que no observó diferencias entre los habitantes de América, especialmente entre las culturas más primitivas, actitud errónea que el concepto de "indio" tendió a fijar: veremos aspectos de esa diversidad.

De acuerdo a Canals Frau cuatro migraciones importantes habrían poblado el continente: las dos primeras en el Paleolítico Superior y el Mesolítico, llegaron por el estrecho de Behring; la tercera de Proatomalayos y la cuarta de Protopolinesios, lo hicieron atravesando el O. Pacífico en el período Neolítico.

Los primeros grupos, siguiendo la costa occidental, habrían arribado al territorio de Tierra del Fuego unos 10.000 años antes de C., ascendiendo luego por la línea atlántica al Chaco y Brasil, donde tal vez se unieron a desbordes poblacionales del oeste. Propulsores, hachas, lanzas, anzuelos, eran su material elemental de supervivencia.

Los grupos neolíticos, por lo contrario, siguieron la línea del Caribe y se internaron en el Amazonas y Orinoco, extendiéndose uno de ellos, los Arawakos, hasta la región de la Cuenca del Plata poblada por la familia lingüística Tupí-

Guaraní. Su difusión se limitó, en la zona, a las riberas de los ríos principales y sus afluentes, pero su influencia cultural fue grande.

De esa forma, cinco grupos étnico-lingüísticos poblaron la región, cada uno dividido en numerosas parcialidades que tomaban (o se los conocía) por el nombre de su "cacique", del lugar que habitaban o alguna característica particular, agregando confusión a los intentos actuales para identificarlos.

1. Los "Pueblos del Litoral", se distribuían a lo largo de ambas márgenes del río Paraná, desde el Delta a la desembocadura del Paraguay, presentando tres sectores con algunas particularidades lingüísticas, "aunque en lo fundamental, su cultura básica era una sola". Altos, dolicoideos, del tipo Patagónico, su asentamiento data del último milenio antes de C.; eran recolectores, pescadores y cazadores, si bien en el sector central, poblado por Timbúes y Corondas en el siglo XV, practicaban una agricultura rudimentaria, probablemente por influencia guaraní.

Sus armas eran el arco corto, flecha con punta de hueso o piedra que llevaban en un carcaj de cuero, propulsor, lanza, macana de madera dura y honda, su elemento más temible.

2. Los Caingangs vivían en el centro de Corrientes y Entre Ríos, extendiéndose hacia el este y sur de Brasil; a ellos pertenecían los Ibirayarás, los Yaroés, etc., y fueron la más antigua población de la Mesopotamia, habiendo sido desplazados al interior lacustre por las tribus patagónicas. Robustos y dolicoideos, respondían al tipo racial Lágrado, "únicos en nuestras latitudes", llegados del norte y con lejano parentesco con los Guaraníes.

Recolectores, desconocían la agricultura y eran extremadamente belicosos; usaban arcos de gran tamaño (2,50 m), con cuerdas de fibra de hortiga, flechas con astil de caña y punta de piedra, hueso de mono, ciervo o madera; lanzas, probablemente propulsor y macanas de sección triangular, que esgrimían con gran habilidad (ibirayarás significaba: "señor del garrote").

3. Los charrúas fueron los pobladores originales de la banda oriental del río Uruguay y aunque se carece de datos ciertos, se deduce de su aspecto exterior y su cultura, que pertenecían al tipo racial Patagónico. Vivían de la recolección complementada con la caza y pesca, desconociendo la agricultura.

De costumbres primitivas, como la comunidad de mujeres y la amputación de falanges, eran belicosos y de gran crueldad en la lucha, para la cual contaban con arcos cortos, flechas con punta de piedra en carcaj de cuero, hondas, boleadoras de 2 y 3 ramales y jabalinas con puntas de madera endurecida a fuego.

4. Los Guaycurúes, involucraban a un gran número de parcialidades, de origen Patagónico, aunque se desconoce cuándo llegaron a la región y quiénes fueron sus antecesores; Serrano sostiene que "tenían muchas formas dialécticas y tantas designaciones, como vecinos tuvieron. . .", siendo algunas de sus parcialidades, los Abipones, Mocovíes, Tobas, Pilagaes, etc.

Vivían al oeste de la línea del Paraná-Paraguay, poblando todo el Chaco, zona excelente para pueblos recolectores, por la riqueza de su producción, si bien la práctica del infanticidio y el hábito de comer langosta, dan una idea de que la abundancia era más teórica que real. Muy belicosos, sus armas eran el arco corto con cuerdas de cuero retorcido, pelo humano trenzado o fibra de cha-guar; a ellas agregaban lanzas, macanas, boleadoras y cuchillos de mandíbulas de pez palometa.

5. La familia lingüística Tupi-Guaraní, es más evolucionada de los pueblos de la región, a la que habrían llegado recién en el siglo XV, desde su centro de dispersión, ubicado según Serrano, entre los ríos Paraguay, Amazonas, Tocantins y Madeira. Divididos en varias familias y grupos, los Guaraníes representan la rama meridional y la leyenda los recuerda (en "La Argentina" de Del Barco Centenera), separándose de los Tupíes, como resultado de la disputa entre dos hermanos:

"Aquel que queda, ya Tupí se llama
"estotro, Guaraní de grande fama".

De tipo racial "Brasílido", talla inferior a los patagónicos, braquicéfalos y de buen físico, su cultura era neolítica, practicaban la agricultura, siendo la caza y la pesca, complementarios.

Grandes canoeros, se asentaron a lo largo de los ríos, ocupando los mejores lugares, pero sin continuidad geográfica; grandes guerreros, desplazaron a las tribus establecidas, engendrando rencores, que Luis Ramírez (1528), describió así: "andan. . . como corsarios, a causa de ser enemigos de todas esotras naciones. . ."

Sus armas eran el arco de largo variable (2,50 m. en los Caingangs, y cortos en los Chiriguanoes), con flechas de punta de madera o hueso (humanos en ciertos casos), sin carcaj, usando además la macana afilada o cuadrada.

De esta breve enumeración, de aspectos parciales de las "generaciones" que habitaban la Cuenca del Plata en el siglo XVI, información que proviene en su mayor parte de fuentes posteriores al Descubrimiento, se puede deducir que, a las ya descritas dificultades del "medio ambiente" en el que vivían, a los problemas de la escasez de alimentos y a su limitada capacidad de obtenerlos, se agregaron los emergentes de:

- migraciones seculares, que lentamente ocuparon el territorio, consecuencia necesaria del crecimiento demográfico.
- diferencias étnicas, lingüísticas y culturales, que dificultaban toda relación entre ellas.
- resentimientos ancestrales, que el "vínculo de sangre" de toda comunidad tri-

bal, transformaba en un objetivo de vida, "manteniendo fuertes los lazos (de solidaridad), entre los miembros del grupo" (Bouthoul).

V. Aspectos demográficos regionales

Sería de enorme interés conocer con cierta exactitud detalles de la cantidad de población, índices de crecimiento, distribución por áreas etc., porque permitiría analizar su influencia en las causas de los conflictos, como consecuencia de su desarrollo; los datos estadísticos disponibles no lo permiten sino sólo a título de referencia.

Como en las cuestiones anteriores, los testimonios son, en su mayor parte, poscolombinos, los cuales tienen un valor relativo, debido al interés de administradores, misioneros o encomenderos, en aumentar o disminuir cifras, para valorizar su tarea, reforzar argumentos o evitar el pago de tributos. Además, estaba la dificultad propia de la tarea, en áreas cuya geografía se desconocía, al igual que la ubicación de tribus, nómades en su mayor parte.

Relataba Díaz de Guzmán el método usado en las áreas rurales diciendo: "...fueron empadronados en esta provincia (Guayrá), en todos los ríos comarcas...40.000 fuegos, entendiéndose cada fuego por un indio, su mujer e hijos...."

Rosemblat, cuyos estudios en la materia son clásicos, citaba para la zona de Asunción a Natalicio González, que le adjudicaba una población de 100.000 indios, agregando que "duda de la autenticidad de esas cifras". Luego hace referencia a Canelas Albarán, que "...registraba en el río de la Plata y Paraguay, 60.000 indios (hacia 1570)", solamente. Para el Guayrá, el P. Guevara lo estimaba habitado en el siglo XVI, por 300.000 aborígenes, número que el P.D. de Torres (1611) calculaba en 800.000, lo cual es exagerado.

Rex González hizo una síntesis bastante ajustada de la región y citó lo siguiente:

Banda Oriental	9.000 indios (3 x Km ²)
Delta del Paraná	24.000 indios (30 x Km ²)
Mesopotamia	20.000 indios
Chaco	50.000 indios

A ellos se podrían sumar, 300.000 indios para el Paraguay y el Guayrá, más unos 200.000 aborígenes de la costa del Brasil (cifra especulativa), con lo cual totalizaríamos 600.000 indígenas.

A pesar que estas densidades de población aparentan ser bajas, es probable que la relación población-alimento, hubiera alcanzado su límite, ya que en 1587 cuando el P. Tomás Fields consiguió el primer grupo aborigen para su Reducción en el Guayrá, comentó: "...regresaron con toda la chusma, en número de 380, pero tan débiles, que parecían retratos vivos de la muerte".

Concuerdan estos datos con estudios europeos; ellos señalan que las densi-

dades de población, en el Paleolítico, raramente alcanzaban a superar 0,1 hab./Km² y en Neolítico, normalmente era de 1 hab./Km² (C. McEvedy y R. Jones). Por otra parte, altos índices de mortalidad (30 al 40/1.000), implicaban altos índices de natalidad (35 al 55 por/1.000), y coincidían con la brevedad del promedio de vida (Cipolla), el cual debía oscilar alrededor de los 25 años, ya que éste se mantuvo para Europa, durante milenios, "entre 25 y 30 años, excluyendo los efectos de grandes epidemias" (Sauvy).

Tomando estas cifras generales como guía, podemos orientarnos para deducir algunas de sus consecuencias sobre la vida del aborigen. El alto índice de natalidad, llevaría a que, entre el 30 y 40 por ciento de una tribu, tuviera manos de 13 años de edad, que debían ser mantenidos, como parte improductiva, con pocos "indios de guerra". Por ejemplo, teóricamente, en una tribu de 120 personas, 40 serían menores; 40 ó 50 mujeres o ancianos y 30 individuos debían obtener los medios de subsistencia y dar la seguridad. De allí el infanticidio, que desapareció en Europa después de varios siglos de prédica cristiana, y que se cebó particularmente en la mujer, la cual era más rentable obtenerla ya crecida, por la fuerza (rapto), que alimentarla durante años.

El crecimiento de una parcialidad más allá de las posibilidades de alimentarse en un ámbito dado, tenía pocas soluciones: división del grupo, migración colectiva o ampliación del mismo, en ciertos casos. Cualquiera de ellos conducía inevitablemente al conflicto con otras tribus o la guerra y cuando el problema comprendía a todo el grupo étnico, el resultado era la invasión.

Los resentimientos así engendrados se transmitían de una generación a otra tendiendo al conflicto permanente, que en parte explica la respuesta que reiteradamente daban a Américo Vespuccio, a su pregunta de por qué hacían la guerra: "...dicen que, ab antiquo, dio principio entre ellos esta maldición (la guerra), y quieren vengar la muerte de sus antepasados".

Sintetizando, el aspecto demográfico tuvo un papel preponderante entre las causas de la permanente lucha armada, individual o colectiva entre los aborígenes, antes del desembarco de los primeros conquistadores en la región del Plata, por cuanto:

- "la defensa territorial, empuja a los individuos hacia situaciones marginales... para no agotar el habitat propio", en cuyo caso, la mayor parte de ellos no sobreviviría, por lo que la alternativa era luchar o perecer. (Cipolla).
- Los resentimientos tribales tuvieron su iniciación con las primeras migraciones, producto del crecimiento demográfico de los pueblos en tiempos remotos, con sus secuelas de destrucción y matanza, agravados con el tiempo por crisis regionales y locales derivadas del hambre, la mujer o la ambición.

VI. Vida social y su relación con la guerra

La guerra, en su forma más elemental, formaba parte de la vida social del

aborigen, de la misma forma que sus hábitos de caza y pesca o las costumbres de iniciación o de entierro.

Respondían ellas a sus diferentes organizaciones tribales y a los valores heredados que las encuadraban; partían del hecho básico que el hombre aislado no podía defender su persona, ni sus bienes, ni tenía auxiliares, ni vengadores. De ahí su necesidad de agruparse en un tipo de estructura a la que llamamos tribu, parcialidad, nación o generación, como las bautizaron los cronistas. En ella, la vida comunitaria era obligatoria y vivía en y para la tribu, ignorando el indio la responsabilidad individual; lejos de gozar una mayor libertad, como la leyenda del "buen salvaje" hizo pensar, estaba gobernado por un código de reglas y sistemas de costumbres, que ponían la voluntad, vida y propiedad, en manos de los más fuertes. Por ello era la tribu la que respondía por los agravios inferidos o recibidos por sus miembros, o pagaba y recibía tributo, y también ciertas costumbres encontrarían en estos valores explicación. (Lubbock).

Dos elementos mantienen unida a la tribu: la consanguinidad, ya que en el mundo primitivo el hombre no debe benevolencia a todo el género humano, sino sólo a los parientes y en segundo término, el interés, cuando se asocian a un caudillo o jefe.

En los casos en que la tribu aceptaba la naturalización de prisioneros, por razones demográficas fundamentalmente, como lo hacían los crueles Charrúas, se trataba de no violar el principio de sangre, con ceremonias donde se mezclaba la misma, por diferentes procedimientos.

La voluntad de un jefe era la guía del grupo, pero todavía se está lejos de poder determinar por qué, el salvaje indisciplinado se avenía a respetar la autoridad de uno de sus iguales, "... cuando todos los varones válidos son guerreros... y gozan de igual fama de bravura y fuerza..." (Letelier).

Encontramos así, en los valores de la vida corriente indígena, otra fuente de conflicto, originados en:

- la responsabilidad de la tribu, por los actos individuales de cualquiera de sus miembros.
- el principio de consanguinidad, que lo hizo considerar sólo a los parientes, dignos de ser tratados como seres humanos.

VII. Las causas de las guerras

Llegamos así a la cuestión que coloca al descubierto la dura forma de vivir del indígena, lejos del paraíso que algunos sostuvieron y muy inferior en "calidad de vida" al hombre civilizado de la época; sin embargo, y a pesar de las profundas diferencias, guarda con el mundo de entonces una relación mayor de la que se suponía (Picún Salas).

Así, en el Nuevo Mundo como en el Viejo, en cuanto asoma el período histórico, la guerra aparece en primer plano y el historiador ha podido observar la

similitud de objetivos, procedimientos, actitudes y costumbres, con los de lugares distantes en tiempo y en espacio.

Si el "hambre y el amor constituyen el germen de la historia humana" (Buda), fácil es concluir que, en ambos términos, encontramos los primeros motivos "vitales" de la lucha entre los seres racionales, ya que ellos abarcaban la supervivencia del individuo y de la raza.

La violencia para obtener los medios con que alimentarse estaba en relación directa con su escasez, su búsqueda la preocupación fundamental y todo lo que a ella se oponía, conducía al "conflicto de vecindad".

El amor, tal cual hoy se concibe, era desconocido en las tribus de la región, y su vocabulario carecía del término mismo o de palabras afines. El sexo y su atracción tenían un fin reproductor y el hijo, era una consecuencia no buscada ni deseada, en especial si era mujer, ya que el varón era más necesario para la obtención del alimento y la guerra, donde muchos morían muy jóvenes.

A pesar del freno al aumento de población, que en la Cuenca del Plata impusieron las limitaciones ya descriptas, agregadas a las enfermedades y la violencia, el equilibrio demográfico se rompía paulatinamente, generando divisiones tribales con sus secuelas de lucha, entre los grupos divididos o en la tarea de encontrar un nuevo habitat, desencadenando conflictos relacionados en serie. En oportunidades llegaron a producirse migraciones masivas, como la de Guaraníes en el siglo XV, que condujeron a guerras sin fin, desde el Alto Perú al Uruguay.

A estas causas profundas de las guerras debemos sumar el aspecto económico, en su forma más elemental: la competencia por las tierras cultivables o mejor dotadas de producción natural y la lucha por un botín, que en la región se redujo a mujeres o alimentos, dado su bajo nivel cultural. La aparición de los pueblos de agricultura incipiente desarrolló el interés por los esclavos, para mano de obra agrícola o servicios, como los Chiriguano, que esclavizaron a las tribus Chanés.

Menor importancia tuvieron las cuestiones religiosas, de lo cual, en realidad, se conoce muy poco y que suponemos, se reducía a un "animismo" muy desarrollado, o sea a la adoración de elementos naturales, ya de tipo general (sol, luna) o particular (piedra, árbol, animal). La creencia en la acción voluntaria de esos espíritus a los cuales asignaba carácter maléfico casi siempre, hacía que no intentaran imponer los suyos, ni adoptar los ajenos, sosteniendo Harmand que "... resultaba excepcional que el hombre se proclamase enemigo de los Dioses, en un medio politeísta..."

Finalmente, no pueden descartarse como fuentes de conflicto, las ambiciones de poder, celos o envidias entre los pueblos, rencores por hechos del pasado, etc., mantenidos vivos por la tradición, de la cual (p. ej., los Guaraníes) se sentían orgullosos.

VIII. Las formas de la guerra

Diffícil es hoy concebir como guerra la lucha interminable entre pequeños grupos de guerreros, siendo notable, sin embargo, su similitud con lo que se conoce, en ese sentido, con otras regiones del orbe. El "arte de la guerra" había alcanzado su nivel más elevado en las alturas de América y en algunas tribus políticamente mejor organizadas del Amazonas (Krickeberg).

En los pueblos marginales, como los que poblaban la Cuenca del Plata, la misma tomaba las formas más primitivas: la expedición de caza y guerra, la guerra interna, la razzia y la invasión.

La primera era directa consecuencia de sus hábitos y necesidades, tenía un carácter casual, involucrando a quienes estaban empeñados en una actividad cotidiana como era la obtención del alimento o la defensa del habitat. Recordemos que en el mundo civilizado de la época, comercio y piratería estaban muy cercanos.

La segunda era consecuencia de luchas por el predominio dentro del grupo, venganzas o desprendimientos parciales de la tribu; en este caso, la vida social de la tribu no se conmovía ni variaba en forma fundamental.

En tercer lugar, la razzia (del árabe "ghazia": ataque), era la incursión limitada al territorio enemigo o ajeno en busca de un "botín", sin deseo de conquista territorial. Era la forma más extendida y antigua de lucha entre los pueblos, manteniendo su vigencia hasta el siglo XIX.

Ejecutada por los indios del Nuevo Mundo, tanto en su forma como en sus fines, vemos nuevamente su relación con lo acontecido en el resto del mundo; por ejemplo, en 2100 a. de C., una mujer de Nawar, con un grupo de guerreros Guti, dominó la Mesopotamia (Harmand); los términos "al-gara" (árabe) y "cavalgada" (español), señalaban expediciones militares para obtener esclavos y botín durante la Reconquista de la península (Sotto y Montes).

La idea de "botín", asociada a los aspectos económicos de la guerra, es tan antigua como la anterior, continúa con sus formas originales hasta el siglo XVIII y aún hoy se puede rastrear en los conflictos modernos. Por ejemplo, en "el siglo XVI, ningún caballero se rebajaba a atacar a un infante, porque la infantería carecía de valor desde el punto de vista del rescate..." (Fuller).

La razzia india fue la primera forma de guerra contra otro pueblo y resultado de sus necesidades reales o supuestas o simplemente, una manifestación de poder; por ejemplo, según sus tradiciones, los Guaraníes "...habían dominado muchos pueblos y en su concepto, los otros eran esclavos suyos..." (Hernández).

La ejecutaban integrando una "horda, embrión de ejército y compuesta sólo de hombres que cargan armas" (Letelier), normalmente bajo la dirección de un

"tubicha", que fijaba el rumbo de marcha, dirigía la acción y resolvía conflictos internos, aunque su autoridad era limitada.

Sus métodos de lucha eran similares a los que utilizaban en la caza, la escuela de guerra mejor conocida; usaban el acecho y la sorpresa, espías y exploradores, seleccionaban el terreno y no descartaban la traición, palabra sin sentido para ellos. El relato de la muerte de Ayolas, por ejemplo, reúne esas condiciones: invitado por una tribu amiga a descansar, al atravesar un pajonal, cada español era abrazado por dos indios, en tanto un tercero lo golpeaba con una macana, con fines de robo.

Cuando la acción era frontal, asemejaba una riña entre grupos no muy numerosos, sin protección individual o apenas protegidos, en algunas tribus, con pequeños escudos; las flechas se les acababan pronto y las hondas o las macanas eran las decisivas. El destino de heridos y cautivos era cruel, pues "no perdonan la vida a ninguno, si no es para infligirles mayor castigo" (Vespuccio).

Las razzias, siendo a pie, no les permitían alejarse mucho de su habitat, que se desamparaba, por lo cual, la misma se transformaba en un "conflicto de vecindad", dando lugar a réplicas posteriores. En ciertos casos, ante peligros mayores, la tradición dice que solían elegir a un cacique como jefe de varias tribus, pero no hay antecedentes fidedignos en la zona que permita aseverarlo.

La última forma, la invasión, ha seguido en otras regiones a la razzia, normalmente de pueblos pobres a áreas más adelantadas, pero ello no ocurrió en la zona considerada, tal vez por su baja densidad de población o la falta de estímulos para ello (inexistencia de pueblos evolucionados y ricos). Sólo hay referencias a:

- la invasión de 8.000 Guaraníes al Imperio de los Incas, en el siglo XIV (?)
- la del Inca Tupac Yupanqui, tratando de aniquilar la amenaza de los indios Chiriguano, a fines del siglo XV.
- la lenta y progresiva ocupación de las mejores tierras de la Mesopotamia por los Guaraníes, desde fines del siglo XIV.
- la que llevó a 10.000 tupíes al Perú, en 1540, donde llegaron sólo 300. (Krickeberg)

Las tribus sedentarias, utilizaban tácticas defensivas para proteger sus poblados, como la "palizada de palos a pique", que alcanzaron cierta perfección, a juzgar por la descripción que hizo Díaz de Guzmán del poblado de Tabaré, que tenía "...un gran fuerte de madera con más de 8.000 indios. ... con trincheras y un foso muy ancho", si bien es probable la exageración en los detalles.

Los grupos nómades buscaban protección en zonas boscosas, de bañados o de difícil acceso, fáciles de proteger, método usado por los Caingangs, en el área del Iberá.

También conocían el uso del fuego, encendiendo los pajonales para evitar ser perseguidos, practicando la política de "tierra arrasada", como lo describe

Alvar Núñez C. de Vaca, diciendo: "...los indios quemaron (sus casas)... porque los españoles no se aprovecharan de ellas, ni de lo que estaba en ellas".

IX. Epílogo

Este fue el universo humano al cual arribaron en la Cuenca del Plata los españoles en el siglo XVI, muy distinto del que sus ilusiones habían imaginado, muy diferente del que encontraron en la "América nuclear" los afortunados hombres de Cortés y Pizarro, pero, sobre todo, alejado de las fantasías de un mundo ideal que la leyenda forjaría años después del Descubrimiento.

Las tribus paleolíticas y neolíticas que lo habitaban apenas tenían fuerzas para sobrevivir al medio, agotadas por el crecimiento demográfico y la falta de técnicas para explotarlo, obligadas a una lucha despiadada y permanente en las disputas por los medios escasos de supervivencia.

La guerra, en su forma más elemental y cruel, estaba presente en todas las manifestaciones de la vida indígena, pero manteniendo la coherencia interna en los grupos tribales y la escala de valores en su sociedad primitiva.

Al arribar los hispanos se acentuaron las diferencias entre los grupos étnicos, cuando parte de ellas se unieron a los recién llegados, comprendiendo por instinto y mayor nivel cultural las ventajas que obtendrían, pero condenando al resto a la extinción, en cruel demostración de la ley natural de supervivencia del más fuerte.

El americano del NE fue resultado de esa unión, tan distinto del español como del indio, forjado en una guerra permanente en los siglos posteriores y constituyendo este proceso sólo un capítulo más de la evolución de las culturas y cuyos aspectos dolorosos son más sentidos, no por diferentes a lo que ocurrió en los milenios precedentes en todo el orbe, sino por haber ocurrido en los tiempos históricos.

BIBLIOGRAFIA

- Acosta, Joseph, S.J. *Historia Natural y Moral de las Indias*, Méjico, Ed. F.C.E., 1979.
 Canals Frau, Salvador. *Las Poblaciones Indígenas en la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Hyspamérica, 1986.
Las Civilizaciones Prehistóricas de América, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1959.
 Cardoso, Aníbal. *El Plata Inferior en el Siglo XVI*, en *Revista del Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, Tomo Especial, 1922.
 Cipolla, Carlo. *Historia Económica de la Población Mundial*, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1978.
 Cossio del Mar, Felipe. *El Mundo de los Incas*, Méjico, Ed. FCE, 1986.
 Gardía, Enrique. *Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay*, Buenos Aires, Ed. García Santos, 1932.
 Harmand, Jacques. *La Guerra Antigua, de Sumer a Roma*, Madrid, Ed. E.D.A.F., 1976.
 Hernández, Pablo, S.J. *Organización Social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de*

- Jesús*, Barcelona, Ed. Gili, 1911.
 Instituto Español de Antropología Aplicada. *América Indígena*, Madrid, Ed. Itsmo, 1958.
 Krickeberg, Walter. *Etnología de América*, Méjico, Ed. F.C.E., 1982.
 Lubbock, John. *Los orígenes de la Civilización y la Condición Primitiva del Hombre*, Buenos Aires, Ed. Albatros, 1943.
 McEvedy, Colin. *Atlas of World Population History*, New York, 1978.
 Möner Magnus. *Actividades Políticas y Económicas de los Jesuitas en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1968.
 Rosenblat, Angel. *La Población Indígena, 1492-1950*, Buenos Aires, Ed. Nova, 1954.
 Serrano, Antonio. *Los Aborígenes Argentinos*, Buenos Aires, Ed. Nova, 1947.
Panorama Etnico del Litoral en el Siglo XVI, en *Panorama Histórico del Litoral Argentino*, Rosario, Ed. U.N.L., 1953.
 Sauvy, Alfred. *Costo y Valor de la Vida Humana*, Buenos Aires, Ed. Emecé, 1977.
 Siegfried, Huber. *El Imperio Inca*, Barcelona, Ed. Jano, 1961.
 Sotto y Montes, Joaquín. *Síntesis Histórica de la Caballería Española*, Madrid, Ed. Escelier, 1967.
 Stormi, Julio. *Bromatología Indígena*, Tucumán, Ed. U.N.T., 1942.

USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR